



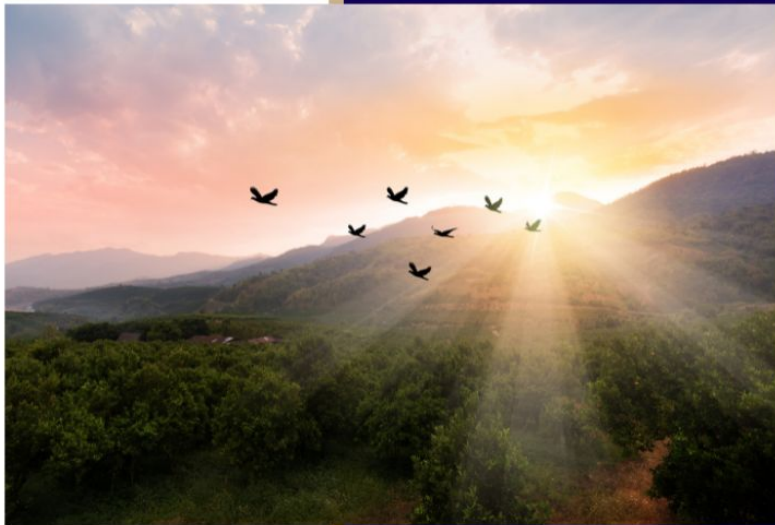
CONVOCATORIA 2022



Categoría: Literatura

**Se me perdió la Gallina**

Diego Meza Castro



Infecto\*web

Relato  
Librería - Centro Cultural

### **Se me perdió la gallina**

La dejé en el patio de mi casa, ahí comía sus bichos, sus lombrices y su porción de maíz. Había crecido bastante, cuidaba de sus pollitos; les enseñaba a picotear contra el suelo insistentemente para tragar insectos o comer basura. De mañana cacareaba, creo que intentaba despertar a todos o llamar la atención con su desesperante cacareo; el gallo le respondía cantando de noche o al amanecer. Un

gallo en otro patio hacía la segunda voz del coro. Estaba robusta, ya olía a sancocho.

Se me perdió la gallina y creo que la robó el vecino; el que vive detrás de mi patio. Tiene un criadero de aves y todas son voladoras. Sus bichofeé de mañana lo despiertan a uno, los canarios no paran de cantar y el gorjeo de las palomas, fastidia; sobre todo, las cotorras desesperan a cualquiera que estuviera durmiendo plácidamente. No sólo habitan su patio, también invaden mi espacio de tranquilidad. A veces tengo que dar una palmada bien fuerte para espantarlas, arrojarle agua caliente o cualquier cosa que tenga a la mano. Solo dan vueltas en el aire y vuelven a su nido en el patio del vecino. No sé cómo tiene tanto espacio para ellas.

Sospecho que usó a mi gallina para alimentar a su gavián, ese aguilucho peligroso para mis pollitos huérfanos. Por más que grite, haga ruido fuerte o ponga un parlante que truene, no se van las malditas a su habitat natural. Una vez dije indirectamente cuando coincidimos, el vecino y yo, en la tienda de la esquina: Ojalá se murieran esos malignos pajarracos, se extinguieran en un solo día y se convirtieran en abono para la tierra. Respondió, pero no entendí lo que dijo: «*Las ideas no pueden morir, son a prueba de balas*».

Presentí ser el único al que atormentaban las aves del vecino, como si todo fuera una conspiración en mi contra. Quizá hubiera hecho algún hechizo de magia oscura para afligirme. Sin embargo, no había razón válida para que el vecino tomara represalias hacia mí, solo habíamos cruzado palabras dos veces en la vida, y una de ellas fue en esa tienda. Él no parecía dar rodeos con indirectas, pues después de mi comentario malintencionado, dijo lo que dijo mirándome a los ojos puesta su mano en mi hombro.

Su razonamiento quebró mi mente, no lo voy a negar. ¿Cómo responder a una frase tan ilógica? Las ideas no pueden verse, ni tienen forma de aves, ¿o sí? Traté de aliarme con los vecinos a la redonda, pero todos ellos hablaban bien de él, sin embargo, descubrí que los halagos eran casi irónicos. Si bien era un modelo de persona llena de principios y admirable su conducta, cada uno envidiaba algo de él;

su paz, su templanza, su amabilidad, había algo que producía urticaria en la mente de la gente. Yo, por lo menos, detestaba esos miserables pajarracos. Ya estaba cansado de espantarlos de mi casa, le reclamé en varias ocasiones, cada vez con más violencia; aprovechaba para reprocharle el haber secuestrado a mi gallina, insistirle en que era un ladrón de gallinas y que la quería de vuelta. Lo acusé de usarla como alimento para su gavián. Pero siempre respondía con el mismo tipo de dichos extraños, como: *«las ideas más importantes no son domesticables, se las deja volar libremente»*. Estaba loco.

*«Una buena idea, en la mente equivocada no fluye, muere. Por suerte tiene la facultad de escapar y de buscar una mente que le permita ser libre»*.

Por culpa de ese vecino, mi novia me abandonó; no es que se haya ido con él o que me hubiera sido infiel, sino que ella decía que le aterraba mi obsesión por las aves del otro patio, que eso no era para tanto y que me estaba volviendo loco. *«Aquí el loco eres tú, no el vecino que tiene su asunto con las aves, como cualquiera. Yo, por ejemplo, tengo mi asunto con las flores»*, me decía, y era cierto, ella había llenado mi patio de un jardín de flores. Macetas por todos lados, había macetas flotantes y macetas dentro de otras macetas. Flores amarillas, pero no de ese amarillo, absurdamente amarillo, sino amarillas de un tono rojizo, sin llegar a ser anaranjadas; aunque sí había flores naranjas, y lilas, y blancas, y rojas. No me preguntes por nombres porque no soy botánico ni horticultor ni jardinero, solo sé que había azucenas, porque las trataba con más cuidado y hasta les hablaba. Ahora que lo pienso, ella siempre les hablaba a todas las plantas del jardín mientras las regaba y las cuidaba; ja, ja, y decía que yo era el loco. Tantas flores habían atraído mariposas, avispas y colibríes. Pero los pájaros del otro lado, también irrumpían en el huerto de mi novia.

Ella defendía a las aves de mis ataques imprevistos, con tanta propiedad, que llegué a pensar que el asunto que tenía, no solo era de flores, sino que ese era asunto con el vecino. Se lo pregunté encarecidamente. La espíe, la seguí y sí, descubrí que había hablado con el vecino varias veces en la tienda de la esquina. Sonreían. Me obsesionó el hecho de que nunca llegaron a tocarse y siempre quedaban en hacer

un sancocho, algún día. La última vez, volví a preguntarle encarecidamente cuál era su asunto con el vecino, «*es un gran tipo, chistoso e inteligente. Tiene buenas ideas. Me agrada.*» me dijo, «*¡te gusta!*» y le acusé de acostarse con él, de hacer un complot juntos, robar mi gallina y planear hacerla sancocho para comerla frente a mí. «*¡Mujerzuela!*». Me abofeteó. Se marchó. No volví a verla.

A dos días de irse, las flores murieron y mi patio se llenó de hojas secas, flores grises y cagadas de pájaros. Llamé muchas veces al control de animales y sus visitas eran provechosas por cierto tiempo, después de atrapar a todas las aves y llevarlas en jaulas por varios camiones a lugares adecuados para su liberación, volvían una por una, bandada por bandada, especie por especie a habitar bajo el abrigo de un lunático, el excéntrico loco de las aves. Sin frutos llamé a la policía muchas veces, se reían de mí. Hasta el día que ya no resistí más esos chillidos perversos y opté por usar la escopeta.

El primer cañonazo fue al aire para que todas salieran al blanco de tiro. Y funcionó como lo esperé. El cielo se llenó de aves de todo tipo; de colores, grises, verdes, brillantes, negras, grandes, pequeñas; todas cantando y gritando. Así, vaciar mi arma no sería infructuoso, le di a muchas y cayeron en picada, todas destrozadas, como una lluvia de cadáveres y de sangre. Disparé hasta que no quedó una sola bala en el arma, ni en la caja de municiones.

La policía llegó en poco tiempo, cuando no había aves que señalar en el cielo. Irrumpieron mi casa derribando la puerta, me inmovilizaron y me sacaron esposado. El coche de la policía en que iba, dobló la esquina para dar vuelta a la manzana y tomar camino a prisión. Mientras viajaba, vi al vecino llegar a su casa y encontrar los cadáveres desparramados, incluso en la terraza y en la calle. Tomó en sus manos un ave muerta, mirando a todos lados, extrañado, y se volvió para verme. Le sonreí sacando mi cabeza por la ventanilla y admitiendo mi cometido. «*¡Fui yo, maldito loco!*». Aunque iba preso, destruí toda la base de locura del vecino. En ese instante vi a mi gallina caminar por la calle muy campante, picoteando el suelo y cacareando con sus pollitos detrás, hasta entonces supe que también se me perdieron los pollitos; las ideas se escapan de una mente inadecuada. Me

sorprendió además la sonrisa del vecino de oreja a oreja, y el ave en su mano alzó vuelo nuevamente. En pocos segundos, todas las aves muertas subieron al cielo, vivas y canturreando más que antes.

Ahora me repito todos los días en esta jaula:

- Las ideas son a prueba de balas.